

Felipe Fernández-Armesto

MAGALLANES



Más
allá
del
mito


ESPASA

FELIPE FERNÁNDEZ-ARMESTO

MAGALLANES

Más allá del mito


ESPASA

Título original: *Straits. Beyond the Myth of Magellan*

Primera edición: noviembre de 2022

© Felipe Fernández-Armesto, 2022

© Albino Santos por la traducción, 2022

© Molly Roy por los mapas, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safelkat, S. L.

Deposito legal: B. 19.127-2022

ISBN: 978-84-670-6734-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

PREFACIO	13
1. EL ORBE EN TORNO A MAGALLANES. <i>El mundo (1492-1521)</i>	21
Un mundo en constante movimiento, pero lleno de penalidades	23
Imperialismos en expansión	28
La carrera de ultramar y el <i>boom</i> de las especias	31
La compleja ruta del océano Índico	35
Más allá de Ptolomeo	39
Magallanes en el Índico	42
El sureste asiático: Malaca, las islas de las Especias y Filipinas	50
El océano Atlántico: la «autopista» de Europa hacia el resto del mundo	56
2. LA EDUCACIÓN DE UN AVENTURERO. <i>Oporto, Lisboa y el océano Índico (hasta 1514)</i>	65
El espíritu caballeresco en la Corte portuguesa	72
Afán de gloria y honores	77
Fantasías heroicas	79
Primeras expediciones al mando de Francisco de Almeida	82

Portugal domina el comercio de las Indias Orientales ..	85
Un mundo no tan pequeño como dicen: el Tratado de Tordesillas	98
El objetivo: llegar a las Molucas antes que los demás	105
3. LA TRAYECTORIA DE UN TRAJIDOR. <i>Marruecos, Portugal y España (1514-1519)</i>	109
Tensiones con la Corona de Portugal y la expedición a Marruecos	113
En busca del mejor postor	118
Contactos y relaciones en la Corte española	123
Un proyecto plagado de incertidumbres	129
España reclama las Molucas	132
Los mapas de Magallanes	135
El relato de Varthema sirve a los fines de Magallanes ...	141
Aumentan los celos de la Corona española	144
El oro de las Filipinas, objetivo oculto de Magallanes ..	150
4. CREACIÓN Y DESARTICULACIÓN DE UNA FLOTA. <i>Sevilla y Valladolid (1517-1519)</i>	155
Carlos I acepta el proyecto de Magallanes	161
Las condiciones de la Corona española	164
Comienzan los preparativos	168
Problemas de organización y disputas internas	178
Una tripulación dividida	185
La flota se hace a la mar	195
5. LA MAR CRUEL. <i>El Atlántico (septiembre de 1519-febrero de 1520)</i>	199
Antonio de Pigafetta, cronista principal de la expedición	199
Los otros cronistas	203
Recelos entre los capitanes	210
Magallanes cambia el rumbo establecido	212
El «efecto del extraño»	217

Fondeados en la bahía de Río de Janeiro	220
Interesantes observaciones de Pigafetta sobre los nativos	222
Las penalidades despiertan las suspicacias	229
6. LA HORCA DE SAN JULIÁN. <i>La Patagonia (marzo-octubre de 1520)</i>	237
Motín a bordo	238
Castigo para los traidores	246
Nuevos rumores de motín	255
El naufragio de la Santiago	261
Territorio de «gigantes»	264
Lo que Drake encontró en San Julián	276
7. LAS PUERTAS DE LA FAMA. <i>El estrecho de Magallanes (octubre-diciembre de 1520)</i>	279
La belleza del laberinto	280
Un estrecho impracticable	284
La tripulación, entre la espada y la pared	286
Algunos capitanes aconsejan abandonar la misión	288
No hay marcha atrás	295
La desertión de la San Antonio	299
Las razones de los amotinados	305
El «cabo Deseado» y la inmensidad del océano Pacífico	311
8. EL VIENTO QUE NO CESA. <i>El Pacífico (noviembre de 1520-marzo de 1521)</i>	317
A favor de los vientos y sin tierra a la vista	320
Rumbo incierto	325
Una nueva estrategia más allá de las Molucas	330
Hambre, escorbuto y antropofagia	333
Las «islas de los Ladrones»	336
El terror de los aterrorizados	340
Un océano mayor de lo imaginado	346

9. LA MUERTE ANUNCIADA. <i>Las Filipinas (marzo-julio de 1521)</i>	349
Caluroso recibimiento de los nativos	351
El «milagro» de Magallanes	357
¿Evangelización o política?	360
Observaciones etnográficas de Pigafetta	367
Promesas de paz mutuas	369
Exceso de osadía, codicia y precipitación	372
Una sucesión de errores fatales: la derrota	379
Tras la muerte de Magallanes	383
De vuelta a la misión inicial: las Molucas	386
10. SECUELA Y APOTEOSIS. <i>El mundo (de 1521 en adelante)</i>	389
El fallido camino de regreso	395
Dos rutas diferentes para la Trinidad y la Victoria	401
Un fracaso sin paliativos	404
Magallanes, ¿un héroe?	406
La construcción de un mito romántico	413
Una vida marcada por la ficción y la ambición	419
Magallanes, un destacado y controvertido hijo de su tiempo	423
LISTA DE LAS ILUSTRACIONES	431
NOTAS	433
ÍNDICE ONOMÁSTICO Y ANALÍTICO	493

1

EL ORBE EN TORNO A MAGALLANES

El mundo (1492-1521)

El fondo del mar apareció, y se vieron los cimientos del orbe, cuando tú,
Señor, lanzaste un bramido, con tu nariz resoplando de cólera.

2 SAMUEL 22, 16

«Escribe de lo que sabes», decía Robert Graves, que rara vez se aplicaba a sí mismo la máxima. La idea es todo un lema de los maestros de escritura, pero no parece demasiado recomendable, pues nos conduce a lo simple y superficial, a la ausencia de retos, a la estrechez de miras, al ansia de éxitos fáciles. Lo desconocido es magnético: una invitación a desentrañar enigmas sin fin, una llamada a perseguir el siempre huidizo horizonte que tanto sedujo a Magallanes, o una manera de introducirse en las inverosímiles historias que imaginó para sí mismo en su mente y que luego trató de llevar a la práctica en su vida. En el ambiente espeso y cargado del aula, con sus programas de contenidos y de evaluación pensados a modo de inventarios, la Historia se centra «en los hechos». Pero, para mí, los hechos son la comida de la que se alimentan los «problemas»: problemas insolubles (a poder ser) que parecen revolotear coquetos y elusivos ante el investigador que trata de aprehenderlos.

Creo que sé de Magallanes todo lo que a alguien le pueda caber en la cabeza. Puedo desmontar las contradicciones presentes en las pruebas disponibles. Puedo reprochar ciertos errores a algunos de mis predecesores y deshacer nudos en la cronología. Puedo enfocar mejor detalles desdibujados hasta ahora: sé, por ejemplo, como algunos investigadores anteriores ya descubrieron, cuántas flechas (21.600) y agujas de brújula (35) aparecen en las listas de embarque de los navíos de Magallanes, y cuántos re-

lojes de arena (18), cuántos barriles de anchoas y cuántas toneladas de galleta (véase pág. 172)¹.

También creo que sé —o intuyo convincentemente— mucho acerca de lo que anidaba en su corazón: su ambición social trágicamente fallida, su heroico autoengaño, sus irritantes aires de superioridad moral, su sentido del humor veteado de crueldad. Todo ello aparece en las páginas que siguen. Puedo seguir el rastro de cómo su viaje por la vida lo fue cambiando, y puedo reconstruir el extraño ánimo de exaltación religiosa en el que murió. Pero hay también un conocimiento más intuitivo que se me escapa. Magallanes fue uno de los, por lo menos, 150 hombres que fallecieron en la expedición que lideró. Si descontamos a los que sobrevivieron porque desertaron o fueron hechos cautivos, la tasa de mortalidad fue de aproximadamente el 90%. Incluso para los estándares de aquel entonces, cuando el fracaso era lo acostumbrado en aquellos viajes alarmantemente inflados de exceso de optimismo, el de Magallanes era un proyecto muy difícil de creer ya de entrada. Valoradas de forma objetiva, las probabilidades de supervivencia (y no digamos ya de éxito) siempre fueron mínimas. Como veremos, el coste en vidas no se compensó con ningún rendimiento mínimamente cuantificable como tal. Pese a las afirmaciones de algunos historiadores anteriores, el balance neto de beneficios y pérdidas se saldó con números rojos. El viaje capitaneado por Magallanes fracasó en todos sus objetivos declarados.

¿Qué hizo que una aventura con tan atroces perspectivas resultara atractiva, no ya para los hombres que se arriesgaron personalmente a emprenderla, sino también para los patrocinadores que pusieron dinero para llevarla a cabo? No estoy seguro de conocer la respuesta a esa pregunta ni de que pueda llegar a saberla. La vida se valoraba muy poco por razones —inteligibles en parte— sobre las que volveremos enseguida. «Hacerse a la mar —dijo Luis de Camoens, el muy viajado poeta que versificó la historia marítima portuguesa en 1572— es lo esencial. ¿Sobrevivir? Eso es secundario»². ¿Qué hizo que semejante inversión del sentido común pareciese razonable? ¿Por qué eran tan prescindi-

bles las vidas de los marinos (mucho menos valoradas que las de las demás personas)? ¿Qué hizo que Magallanes y algunos de sus hombres perseveraran a medida que sus posibilidades empeoraban? ¿Qué indujo al rey de España y a aquellos prácticos mercaderes de Sevilla y Burgos a creer en Magallanes? ¿Por qué invirtieron dinero en la propuesta de un hombre que acudió a ellos precedido por una fama de traidor, sin la suficiente experiencia relevante y acompañado de un compinche científico, Ruy Faleiro, que, ya para la psiquiatría de aquel momento, era una persona literal y certificablemente demente?

UN MUNDO EN CONSTANTE MOVIMIENTO, PERO LLENO DE PENALIDADES

Para aproximarnos a los problemas, primero tenemos que intentar entender las limitaciones y las oportunidades que imponía o brindaba el mundo que rodeaba a Magallanes.

Era un mundo hendido por paradojas. Todos los libros de texto cuentan que los siglos en que Magallanes vivió fueron una «era de la expansión» en la que sucedieron nuevos y asombrosos cambios. En Europa, la recuperación de la tradición clásica se intensificó durante el Renacimiento, y eso preparó a las mentes para todo lo nuevo que iba a llegar en el arte, el pensamiento y el emprendimiento en general y se extendió a gran parte del resto del mundo, incluidas amplias regiones de América y del África subsahariana: fue el primer acontecimiento intelectual verdaderamente global³. La llamada «Revolución Científica» estaba dando ya sus primeras señales cuando Magallanes se hizo a la mar, y permitió que el hasta entonces atrasado Occidente alcanzara e incluso superara (en algunos aspectos, y a lo largo de los 100 años siguientes, aproximadamente) a la ciencia y la tecnología chinas. Mientras tanto, se produjo un intercambio ecológico global que llevó formas de vida de unas partes a otras de un mundo hasta entonces divergente, y, para bien o para mal, propagó por toda su extensión criaturas, plantas y patógenos. Una tradición histórica

aún activa proclama incluso que los años en los que vivió Magallanes coincidieron más o menos con los de «los orígenes de la modernidad»: la distribución y las divisiones de las religiones mundiales estaban adoptando formas ya parecidas a las que terminarían siendo sus configuraciones actuales; algunos de los idiomas y literaturas del mundo más amplios y creativamente utilizados ya estaban cobrando formas inteligibles para los lectores de hoy en día. Las principales civilizaciones del planeta —la cristiandad, el islam y el mundo budista— se expandieron, literalmente, acumulando territorio y población, hasta tocarse venciendo los antiguos abismos culturales que las separaban, pero propagando también así los contactos, los conflictos, el comercio y el contagio.

¿Cómo pudo ocurrir todo eso durante lo que fue también una era de plagas y de especial frío a escala mundial?⁴

A simple vista, no cabría esperar migraciones a gran escala, ni conquistas a larga distancia, ni épocas fecundas en inventos durante un periodo de severo trastorno medioambiental y endurecimiento de las condiciones⁵. El clima y las enfermedades fijan el contexto para todo lo demás que sucede en ese momento, y el clima es el condicionante supremo, porque las enfermedades dependen de él. A Magallanes le tocó vivir más o menos en medio de una de las más drásticas interrupciones del calentamiento global desde el fin del Dryas Reciente, casi 12.000 años atrás. La «Pequeña Edad de Hielo» que se extendió desde mediados del siglo XIV hasta principios del XVIII infligió daños visibles y medibles en las sociedades que se vieron afectadas por ella, y propagó hambrunas, exacerbó guerras, provocó rebeliones e incubó plagas. El periodo más frío se dio hacia el final, y dio pie a múltiples anécdotas sobre extraños congelamientos, desde el de la barba del rey de Francia hasta el de mares salados enteros⁶.

Durante los años de actividad de Magallanes, no hubo condiciones ni sucesos tan extremos ni de lejos, y parece ser que, en la primera mitad del siglo XVI, las temperaturas fueron más suaves que en el periodo inmediatamente previo o en el inmediatamente posterior. No obstante, en aquellas zonas del mundo para

las que disponemos de datos cuantificables, las temperaturas de primavera e invierno fueron normalmente entre uno y dos grados más bajas de media que las que hoy consideramos normales (representadas por el promedio registrado durante la primera mitad del siglo xx)⁷. De hecho, como veremos, los hombres de Magallanes se quejaron del frío que pasaban y amenazaron con amotinarse por culpa de ello.

Las bajas temperaturas se acompañaron de repetidos y letales brotes de enfermedades⁸. En aquel entonces, la gente las llamaba pestes: dolencias asociadas a una ecología compleja protagonizada por roedores (huéspedes) y pulgas (vectores de transmisión)⁹. Los padecimientos en cuestión eran persistentes e impactantes. Desde mediados del siglo xiv hasta principios del xviii (coincidiendo precisamente con el periodo de la pequeña glaciación), no hubo tema vivo más retratado en Europa que la Parca deleitándose en sus mortíferos quehaceres, seleccionando a sus compañeros en la danza de la muerte sin distinción de edad, sexo ni aspecto¹⁰. En 1493, un poco antes de que Magallanes entrara como paje en la Corte portuguesa, en las *Crónicas de Núremberg* se publicaba un singular texto al pie de una ilustración de una danza de muertos en diversos grados de putrescencia que enseñaban alegres sus podridas carnes, sus tintineantes huesos, sus serpenteantes gusanos y sus colgantes entrañas.

Se les ve irrepríblemente gozosos. Casi podría decirse que exhiben cierta *joie de vivre*. Las palabras de la canción que levanta a los cadáveres de sus tumbas figuran en el mencionado texto: «No hay nada mejor que la Muerte». Es justa, porque todos se la merecen. Es equitativa, porque trata igual a pobres y a ricos. Es benigna, porque libera a los ancianos de su pena. No falta a su cita visitando a los presos y a los enfermos: es, pues, una atenta obedecedora de los mandamientos de Cristo. Libera compasiva a las víctimas de sus sufrimientos. Es sabia, pues desprecia los placeres mundanos y deplora la vanidad del poder y la riqueza. Cuando la «era de la peste» remitió, la muerte se fue volviendo menos familiar, y puede que por ello más temida. En la actualidad, las personas la rehúyen. Hablan de ella con eufemismos,

como cuando se dice que «se ha ido» un «ser querido». Magallanes y sus contemporáneos, sin embargo, tenían una incómoda familiaridad con la muerte que a nosotros nos cuesta mucho comprender.

Los rebrotes locales de peste desafiaban —hasta cierto punto— la creencia de que los supervivientes de episodios previos quedaban inmunizados frente a futuros brotes. El ritmo de las mutaciones microbianas tal vez explique la persistencia. Aunque el bacilo de la peste bubónica, el *Yersinia pestis*, fue el responsable de muchos (cuando no de la mayoría) de los brotes, las pruebas que sobreviven en el ADN recuperado de las víctimas incluyen variaciones —pequeñas, pero significativas— acumuladas a lo largo del tiempo¹¹. Un rasgo del entorno se mantuvo constante: si bien los motivos de que las cepas del bacilo entonces prevalentes respondieran a las fluctuaciones de temperatura como lo hicieron han merecido abundantes investigaciones no del todo concluyentes, la conexión con el frío es clara y notoria. La peste negra de 1348-1350 siguió a una caída de las temperaturas en el hemisferio norte. La recesión de «la peste» coincidió con la reanudación del calentamiento global¹².

Durante la adultez de Magallanes, pese al repunte demográfico en Europa, la peste apenas amainó. Inglaterra sufrió tres brotes de la «gran peste» en las dos primeras décadas del siglo XVI. Por la frecuencia con la que el ayuntamiento publicó edictos de cuarentena y de lo que hoy llamaríamos «confinamiento», no parece que Edimburgo, por ejemplo, llegara a librarse de la peste en ningún momento entre 1498 y 1514¹³. En Leipzig, en 1521, unos charlatanes vendían unos presuntos remedios contra la peste que fueron los «primeros medicamentos de marca» de la historia de Alemania¹⁴. En 1520 se reunió en Basilea lo que en justicia podríamos llamar un congreso médico internacional para proponer unas medidas universales de prevención.

En la península Ibérica, durante el invierno más crudo de la vida de Magallanes, el de 1505-1506, la peste azotó Évora, Lisboa, Oporto y Sevilla. También brotaron episodios de pestilencia en Barcelona en 1501, 1507, 1510 y 1515. Los de 1507 y 1510

se extendieron por todo el Levante español y más allá, alcanzando incluso la Andalucía occidental. Los años 1507-1509 fueron, según ciertos indicadores, los más mortíferos desde la peste negra. El brote de 1507 mató a una décima parte de los prebendados de la catedral de Cádiz; el sacerdote y asiduo cronista andaluz Andrés de Bernáldez dijo haber sido testigo de 30.000 muertes solo en el mes de mayo. El año anterior, los rumores de que los judíos eran los responsables de propagar plagas contribuyeron a que hubiera una masacre en Lisboa¹⁵. Mientras la expedición de Magallanes surcaba los mares, la peste se declaraba en Valladolid y se extendía a Valencia, Córdoba y Sevilla, desde donde había zarpado su flota. Un terremoto en Játiva en 1519 y un año excepcionalmente lluvioso se interpretaron como presagios de la peste que siguió en Lisboa, Valencia, Zaragoza y Barcelona, donde la epidemia persistió hasta 1521¹⁶. La peste y el frío no excluyeron la intervención de otras fuentes rutinarias de sufrimiento, como la sequía que asoló el valle del Guadiana en 1513 (o la más general de 1515 y 1516). Y tanto la sequía como la hambruna amenazaron a gran parte de Portugal en 1521-1522¹⁷.

En cierto sentido, se puede decir que la carrera como marino de Magallanes coincidió con un fenómeno nuevo y de una agresividad sin precedentes en el entorno global de las enfermedades: la transmisión de patógenos del Viejo Mundo a otros continentes, sumada al resto de la biota implicada en el intercambio ecológico mundial que Colón inauguró cuando se trajo consigo productos del Nuevo Mundo trocados por otros del Viejo en sus dos primeros viajes transatlánticos¹⁸. La llegada de pobladores hispanos a La Española en 1493 (o tal vez de quienes los sucedieron en viajes subsiguientes) introdujo enfermedades familiares allí desconocidas que los sistemas inmunes de la población nativa no podían afrontar. Por la terrible aceleración de la mortalidad en 1519, los frailes a los que la monarquía española había confiado el control de aquella colonia abandonaron toda esperanza de mantener a los nativos con vida¹⁹. Lo que siguió fue una extinción casi integral. En el momento del viaje de Magallanes, las incursiones españolas habían generalizado ya ese efecto por todo

el Caribe y lo habían proyectado también hacia la América Central continental. Tasas de mortalidad de hasta el 90% se convirtieron en normales allí donde «el aliento de un español» dispersaba enfermedad²⁰. El escaso valor de la vida no se debió a ningún fenómeno de sobreabundancia en algún lugar del mundo de aquel entonces. Seguramente, la era de Magallanes no difiere tanto de la nuestra por lo poco que se valoraba la vida como por lo mucho que se apreciaba la muerte. La muerte en aquellos tiempos era la verdadera reina del baile.

IMPERIALISMOS EN EXPANSIÓN

Mientras tanto, y a pesar de unas circunstancias tan poco propicias, en zonas del mundo muy apartadas unas de otras, la actividad económica y las conquistas territoriales se aceleraron cual muelles distendidos de golpe. Allí comenzó realmente una «era de la expansión», pero eso significa que esta fue mundial y no solamente (como dicen algunos historiadores) europea. El mundo no aguardó pasivo a que llegara Europa y lo transformara como tocado por una varita mágica. Otras sociedades estaban ya obrando su propia magia y convirtiendo estados en imperios y culturas en civilizaciones. Fuera del influjo de las plagas recurrentes que frenaban el crecimiento demográfico en buena parte de Eurasia, había entidades políticas que empequeñecían las de la cristiandad latina. Algunas de las sociedades más dinámicas y expansivas del siglo xv estaban en América y en el África subsahariana. De hecho, en términos de expansión territorial y de eficacia militar contra los adversarios, los imperios indígenas africanos y americanos aventajaron a todos los estados de la Europa occidental hasta la consolidación de la monarquía española global en el siglo xvi.

Las propias España y Portugal, en las tres décadas aproximadas previas al proyecto de Magallanes, parecían débiles comparadas con los ritmos de expansión de otros imperios. Los aztecas y los incas fueron mejores conquistadores que los españoles hasta

que estos, contra todo pronóstico, engulleron sus respectivos imperios casi de un solo trago en un par de frenéticas décadas a partir de 1520. El jefe supremo azteca que recibió a Cortés era el conquistador más espectacular de la historia de su pueblo y movía ejércitos de aquí para allá por toda un área que se extendía desde la boca del río Pánuco hasta la bahía de Soconusco; hasta 44 comunidades había convertido en nuevas tributarias suyas (en maíz y frijoles, en cacao, oro y jade, y en plumas de aves exóticas). Huayna Capac, que falleció poco antes de que los primeros exploradores españoles llegaran al Perú, hizo del Imperio inca uno de los más rápidamente expansivos del mundo en tiempos de Magallanes, pues extendió sus fronteras originales en todas las direcciones, conquistó a los caranquis en territorio del actual Ecuador y, según se decía, ahogó en la laguna de Yahuarcocha a 20.000 de los guerreros derrotados.

Mientras tanto, Rusia extendió su Imperio hacia el extremo norte de Eurasia y envió expediciones más allá del círculo polar ártico y de los ríos Perm y Obi en la década de 1490. En la misma década en que Magallanes zarpó para su viaje, el zar conquistó Smolensk y amplió su dominio al Dniéper. Y mientras Magallanes preparaba aún su flota, Sigmund von Herberstein visitó Moscú como embajador del Sacro Imperio Romano Germánico y allí escuchó las profecías de una poco convincente chamana, a la que llamaban la Anciana del Obi, que predijo para Rusia un futuro en un El Dorado de hielo entre «hombres de formas monstruosas y peces con la apariencia de hombres»²¹.

Justo antes de la partida de Magallanes con su gran expedición marítima, los otomanos conquistaron Egipto y comenzaron a desplegar su control o su influencia sobre toda la orilla sur del Mediterráneo. Entretanto, en el África occidental, Mohamed Ture consolidó la preponderancia del imperio Songhai sobre el extenso valle del Níger. En la parte oriental del continente, donde Magallanes había participado en una campaña en 1510 dirigida a asegurar los puntos de apoyo costeros portugueses que facilitaban el acceso al comercio de oro, sal y marfil, el imperio de Monomotapa creció hasta ocupar un territorio que iba desde el

Limpopo hasta el Zambeze. En 1520, un embajador portugués en Abisinia creyó haber encontrado el legendario reino del Preste Juan de lo impresionado que se quedó con los miles de tiendas rojas en las que se alojaba el ejército del negus de aquel país durante sus desplazamientos. Lo imperial se estaba convirtiendo en una costumbre cada vez más extendida, y se formaban imperios nuevos en entornos donde nunca antes se había conocido nada parecido al imperialismo.

Magallanes nació en un país pequeño, Portugal, y murió tratando (oficialmente) de crear un gran imperio para España. En los años que le tocó vivir, las dos monarquías a las que sirvió se convirtieron en sendos focos de las lealtades de los dos imperios más nuevos y dinámicos del mundo, sin precedentes tanto por su alcance geográfico como por la diversidad de los entornos y las culturas en ellos reunidos. Su carrera como marino lo llevó a conocer más mundo del que había estado al alcance de cualquier persona de cualquier generación anterior. En sus años como joven adulto, de 1505 a 1513, se movió por todo el océano Índico, anduvo arriba y abajo en campañas varias por costas de África y de la India para ayudar a la fundación del Imperio portugués, tomó parte en la conquista de Malaca en 1511 y se informó de la existencia de aquellas islas allende el océano que se convertirían en el foco de su trayectoria posterior. En momentos varios de 1513 a 1517, luchó por Portugal en Marruecos. Su viaje desde España, iniciado en 1519, lo llevó más lejos por el Atlántico sur que a nadie de ninguna expedición europea previa, y también le hizo atravesar el Pacífico —un océano que nadie había cruzado antes (que nosotros sepamos) en un solo viaje— hasta unos archipiélagos en su extremo opuesto, que hoy conocemos como las Marianas y las Filipinas. Ahora haremos un recorrido panorámico por aquellos lugares allende Iberia que tuvieron importancia en la carrera de nuestro personaje, para luego, en el capítulo siguiente, regresar a él y repasar los comienzos de su vida y de su formación.

LA CARRERA DE ULTRAMAR Y EL BOOM DE LAS ESPECIAS

En el norte de África, el imperio que más probabilidades de éxito tenía en aquel tiempo —el otomano— no fue capaz de expandirse más allá de los desiertos que flanqueaban los territorios que dependían de él. Al oeste de Egipto, a lo largo de la costa africana del Mediterráneo, allí donde confluían las rutas comerciales mediterráneas y saharianas, florecían numerosos pequeños estados que vivían de los beneficios reportados por el comercio o la piratería. El primero de los estrechos que canalizaron la vida de Magallanes fue el que separa el extremo occidental del norte de África de la península Ibérica. Marruecos, donde pasó la mayor parte de una campaña de tres años, había emergido como reino en uno de los bordes del mundo islámico y mantenía a raya a la cristiandad. Quienes habían sido visires hereditarios de los monarcas, los benimerines, se hicieron con el control del país merced a un golpe en 1465, pero tuvieron que luchar contra unos pretendientes al trono surgidos de las sectas del desierto y que se declaraban herederos del mismísimo profeta Mahoma. Los seguidores de Al-Yasuli, un sufi asesinado, extendieron la rebelión al recorrer el reino con el cadáver embalsamado de su maestro. Con ello debilitaron el Estado ante las invasiones que llegaban de España y Portugal.

Para los gobernantes ibéricos, el norte de África era una prolongación ultramarina de la Península y una zona de guerra legítima y conquistable bajo la premisa de que había formado parte de la misma unidad política que Hispania en la antigüedad y que había sido en su momento territorio cristiano que cabía recobrar de los usurpadores musulmanes. Los esfuerzos portugueses se centraban en dominar los puertos situados al oeste del estrecho de Gibraltar, que, como veremos, fue donde Magallanes sirvió defendiendo las conquistas portuguesas frente a los intentos de revancha liderados por los nuevos herederos del manto de Al-Yasuli: una familia del valle del Draa (en pleno territorio del actual Sahara Occidental) se proclamó descendiente directa del Profeta y, a partir de 1509, emprendió una *yihad* y organizó una confederación tribal que manejó (primero) y desplazó (después) a los benimerines.